

VARIEDADES

DOS CARTAS DE CARLOS II

Entre los importantes *Documentos del archivo y biblioteca de Medinaceli*, espléndida publicación dirigida por don A. Paz y Melia, con la que tanto la casa ducal como su docto bibliotecario han hecho una buena obra a los estudios históricos y bibliográficos, llamaron mi atención dos notables cartas autógrafas de Carlos II, en cuyos breves renglones aparece reflejada la caquexia mental del monarca con la misma fidelidad con que el pincel de Claudio Coello acertó a perpetuar en el lienzo sus rasgos fisonómicos. Una de estas cartas hállase reproducida en fototipia, y no se necesita ser grafólogo para descubrir en ella el menguado entendimiento del que trazó aquella escritura, de rústica torpeza caligráfica, de ortografía vacilante y arbitraria, plagada de erratas, puesta al servicio de una inteligencia de cretino, que con absurda sintaxis y a merced de un supremo esfuerzo, iba expresando confusamente sus ideas y dejando en el papel el triste testimonio del raquitismo de un cerebro y de lo enfermizo de una voluntad.

Las dos epístolas están dirigidas al duque de Medinaceli, y aunque una carece de fecha y de firma, pues Carlos no hizo más que rubricarla, parece evidente, a juzgar por la clase de preocupaciones que revelan en el rey, que entre ambas debieron de transcurrir muy pocos días. No consta, por desgracia, cuáles fueron sus precedentes inmediatos, y cierto que sería curioso conocerlos con exactitud; pero Clío complácese a menudo en transmitirnos la noticia incompleta, cuando no en forma

de acertijo, dejándonos, como suele decirse, a media miel en el momento preciso en que ha logrado interesarnos más, cual si, transigiendo con los fueros de la ingeniosa Conjetura, quisiera no privarle absolutamente de la parte que reclama en la explicación de los sucesos, aunque exigiendo de ella que ya que no pueda probar sus indicios, los ajuste, por lo menos, a los cánones de la verosimilitud. Y hay que reconocer que en más de una ocasión cumple tan honradamente su oficio de llenar los huecos de la Historia y de alumbrar los antros recónditos en que se esconden las causas generadoras de los hechos, que el crítico más inflexible no hallará en sus relatos falta grave que tachar, ni tendrá mucho reparo en admitir provisionalmente la presunción mientras la realidad no venga a destruirla.

Acudamos, pues, a la conjetura, o, si se quiere, a la hipótesis histórica, para ver si ella puede declararnos, sin gran menoscabo de la lógica, las probables circunstancias que precedieron a las citadas cartas del rey.

* * *

En el año y medio que don Francisco de La Cerda, duque de Medinaceli, llevaba ejerciendo el cargo de primer ministro, había tenido tiempo suficiente de observar el carácter tímido e irresoluto del monarca y de ver muy de cerca que su voluntad no era más que una pluma que impulsaban a su antojo los vientos encontrados de las intrigas y enredos de Palacio. El duque, que si en la indolencia de su ánimo no sacaba gran ventaja al desventurado rey, llevábale, en cambio, mucha delantera en el conocimiento del teje maneje de la corte, sabía de sobra que la regia debilidad era, no sólo un peligro para don Carlos, sino también para él mismo, pues no ignoraba que, aunque apoyado por doña Mariana de Austria, conspiraban contra él sin tregua ni descanso, en las habitaciones de la reina, la duquesa de Terranova, antigua partidaria de don Juan de Austria, y el padre fray Francisco Reluz, confesor del rey, movidos solapadamente por don Jerónimo de Eguía, que nunca pudo perdonar al duque su nombramiento de ministro universal ni el haber convertido en humo sus esperanzas de ocupar un puesto cuyas dulzuras, si bien de un modo interino, comenzó a saborear.

Un día que Medinaceli hablaba a solas con el monarca, acaso éste hubo de quejarse de algún lance que le ocurriera y en el cual, por no mostrar la firmeza necesaria, no quedó bien parado su decoro. Con la tardía corajina que con frecuencia suele apoderarse de los débiles cuando, por haber pasado la oportunidad, las cosas ya no tienen remedio, juraba Carlos hacer y acontecer, ocasión que el duque utilizó para acentuar aún más de lo que acostumbraba sus respetuosas, pero severas amonestaciones, diciéndole que a un hombre que, como él, iba a cumplir los veinte años y a quien Dios quiso encomendar los destinos de una tan gloriosa Monarquía, érale preciso aparecer ante sus vasallos con la virilidad y con los alientos propios de mozo y de rey, no consintiendo que ninguna voluntad se sobrepusiera a la suya soberana, por muy alto de que viniese, y aun cuando tuviera que imponer silencio a la voz del corazón, ya que el trono no se comparte como el tálamo, ni el poder que Dios concede con el cetro a sus representantes legítimos en la tierra ha de ser más que uno e indivisible. Agregó que, con mayor razón, debía no tolerar en manera alguna que los que en Palacio entraron a servir aspirasen también a gobernar, aprovechándose pérfidamente de la irreflexión de la juventud y destilando la insidia en los oídos inexpertos para satisfacer sus inicuas ambiciones, palabras con las cuales claramente aludía a la camarera mayor de la reina María Luisa, a quien siempre tuvo por mortal enemiga. Con esto despidióse Medinaceli, y Carlos, que había escuchado con gran atención la fraterna de su primer ministro, prometió en Dios y en su ánimo que desde aquel punto habría de cambiar completamente de conducta, y pedía al cielo que le deparase pronto una ocasión de probar a España que él era tan hombre como el que más, y que ni la duquesa de Terranova, ni la reina misma, serían poderosas para torcer en un ápice sus designios.

El cielo, sin duda, oyó la súplica, porque la ocasión no se hizo esperar arriba de una hora. Cuando, acompañado del mayordomo semanero, dirigíase a la sala en que iba a comer con la reina, vió que en una de las piezas de la cámara estaba una mujer cubierta con un manto, la cual, en presencia de las dos personas pareció sobrecogerse como si la hubieran sorprendido, y muy singularmente cuando el rey, deteniendo sus pasos,

fijó en ella los ojos. Tentado estuvo de increparla, pues aquel no era sitio en que podía permitirse que entrasen las tapadas, pero haciendo un rápido movimiento de cabeza, prosiguió su marcha con el continente decidido de quien acaba de tomar una resolución inquebrantable, y antes de sentarse a la mesa, donde ya la reina le aguardaba, ordenó al mayordomo que llamase en seguida a la duquesa de Terranova, quedándose cejijunto y silencioso durante el breve tiempo que tardó la camarera en presentarse, a pesar de que la reina le interrogaba con la mirada acerca de la causa de tal novedad. Cuando llegó la dama, el monarca, encarándose con ella y hablando recio, le preguntó a boca de jarro:

—Duquesa, ¿quién es y qué quiere esa mujer tapada que está en la pieza contigua?

Como la de Terranova expresase con un ademán de extrañeza que nada sabía, don Carlos continuó en tono más irritado:

—Es mi voluntad que vayas a verlo ahora mismo; pero luego, luego, que no gusto de esperar a *naide*.

Salió la duquesa un si es no es aturdida por el *ex abrupto*, y al cabo de un corto espacio, volvió a entrar en la sala para decir al rey:

—Señor, la tapada que vió vuestra majestad es doña Nicolsa, mujer de un ujier de la vianda, que estando ya de ocho meses, ha tenido el antojo de ver la cámara.

Entonces el rey, dando un golpe en la mesa con el mango del cuchillo y con voz que en fuerza de querer que fuese varonil le salió un poco destemplada, exclamó:

—¡Pues, vive Cristo, duquesa, que otra vez no has de dejarla entrar, aunque malpara! ¡Tendráslo entendido!

Grandemente satisfecho quedóse don Carlos de este arranque, que él creyó ser de entereza extraordinaria, e hizo el propósito de contárselo al duque de Medinaceli, no sólo con el fin de demostrarle que no tenía a la camarera en dos ardites, sino también para que admirase su arrojo en haberla tratado de tal modo delante de la reina, circunstancia que, a su entender, acrecía en muchos quilates el valor de la hazaña; pero no pudiendo reprimir la impaciencia por que llegase a noticia del primer mi-

nistro, así que hubo acabado de comer, fuése a su escritorio y requiriendo pluma y papel, le enderezó el billete, que sin quitar ni poner letra ni tilde (y no se dice comas, porque no las tiene) se transcribe a continuación:

“Oí al entrar a comer bi una mujer y preguntando quien er me dijeron hera Doña Nicolasa llame a la Duquesa delante de la Reyna y la dije fuera a ber que mujer estaba en la camara y bino y dijo que era la referida que estaba preñada y se le abia antojado de ver la camara yo la dije que otra bez aunque malpariera no la dejase entrar y todo esto paso delante de la Reyna (1).”

Don Carlos rubricó y cerró el billete, y después de entregarlo con orden de que, sin perder instante, se lo llevasen al duque, dijo con aire amenazador:

—¡Por la salvación de mi alma, que ahora han de ver todos si soy o no soy digno de ceñir la corona de las Españas!

* * *

Lo que vieron todos, a pesar de tan sanos propósitos, fué que el monarca siguió siendo juguete de los intrigantes de la corte, y buena prueba dió de ello cuando, a los pocos días de la escena que se ha narrado, nombró para cierto cargo palatino a un favorecido del padre Reluz, sin reparar en que veinticuatro horas antes había empeñado su palabra al duque de nombrar a otro sujeto que él patrocinaba. Dolíase Medinaceli de su postergación y el monarca trataba de disculparse, alegando que si procedió de aquel modo, fué por no chocar con su confesor y con la reina; pero que él prometía resarcirle con creces en la primera ocasión que se ofreciera.

—Señor —repuso el duque con amargura—, en la primera ocasión volverá vuestra majestad a hacer lo mismo, y bien sabe Dios que me pesa, no por mí, que en gracia y en desgracia siempre he de ser fiel servidor de vuestra majestad, así me costase

(1) A. Paz y Melia. *Archivo y Biblioteca de la Casa de Medinaceli*, serie 1.^a, histórica. Madrid, 1915; doc. CLV, pág. 194.

la vida, sino porque, como ya tengo dicho muchas veces, yo me holgaría de ver a vuestra majestad salir de su paso ordinario y tener la resolución, el valor y el brío que se requieren en un monarca ganoso de la felicidad de sus vasallos, aunque para ello le fuere necesario a vuestra majestad chocar con muchas personas que en la bondad del corazón de vuestra majestad hallan el aliado más poderoso de sus desordenados apetitos.

—Yo te juro, Medina —replicó el rey—, que así ha de ser, ni más ni menos; vete tranquilo, que de hoy en adelante no tendrás queja de mi valor.

Salió el duque de la cámara y a poco entró en ella el padre Reluz, quien trabó con el rey una larga plática sobre las noticias que corrían por la corte, comentando, singularmente, las que trajo el último correo, según las cuales el ambicioso Luis XIV no cejaba en su empresa de ir apoderándose de los territorios flamencos fronterizos con los dominios de España.

—Gran pesadumbre me daría —dijo Carlos— de tener guerra con un rey cuya sangre corre por las venas de personas que me son muy caras; pero, si él se obstina... ¡qué lo vamos a hacer!

—¿Guerra, señor, ha dicho vuestra majestad? —replicó el fraile con desolado acento—. ¡Guerra con el francés, Virgen Santísima de Atocha! ¿Y con qué soldados cuenta España? ¿Con qué dinero? Señor: si, lo que Dios no permita, los ejércitos del rey de Francia asomaran por Navarra, llegarían hasta Madrid sin que nadie les cortase el paso, y cierto que no por culpa de vuestra majestad, sino por la de aquellos que, estando obligados a velar por el bien de los Reinos hispanos, no sólo los dejan inermes, sino que con su proceder abominable hacen que se pierdan y aniquilen.

El rey, al escuchar estas palabras, sintió un interior sacudimiento, porque, a la verdad, su real caletre no había pensado nunca en aquella contingencia. Cuando se quedó solo, una pavorosa preocupación le entró de improviso en el apocado espíritu, despertándolo de su letargo con fiero latigazo, pues ya creía ver el brillo de las picas francesas en las escaleras del alcázar y oír en sus patios el trueno de los mosquetes. Azorado y convulso

iba de un lado a otro de la estancia, cual si quisiera esquivar la mirada de imaginarios enemigos que apostados le acechaban desde los rincones, y al fin, llevando reflejado en sus ojos el espanto del que pide auxilio, sentóse en el escritorio y trazó con mano temblorosa la siguiente carta, dirigida al duque:

“Medina si lo que Dios no permita el frances entrara aora por Navarra viniera asta aqui sin que naide lo pudiera rremedi-
diar y siendo este el mayor de los negocios te mando que me representes quantos medios ordinarios y extraordinarios se te oquiere para reparar este lanze.

”Yo bien beo que tu estaras algo omiso y con rracon por ber que yo no muestro la resolucion que yo debiera en este lanze Medina ya es otro tiempo y te ofrezco por mi fe y palabra Real de salir de mi paso ordinar y tener resolucion y balor y debajo de este supuesto no repares de chocarar con qualciera que me llebaras siempre delante asi lo fio de el gran cariño que me tienes y tus grandes obligaciones Medina te huelbo a segurar que de aqui adelante sere otro en todo i particularmente en tener balor brio y resolucion para chocar con todos Dios te guarde de Palazio a tres de setiembre de 1681

”Yo el Rey” (1).

Después de escrita la carta que precede, el monarca pareció sosegarse un poco, y al cabo de media hora, Carlos II, en el zaguán de Palacio, subía a la carroza que iba a llevarle a El Pardo, en cuyos montes estuvo una semana dando gallarda muestra de sus arrestos en la caza de zorros y venados.

JULIO PUYOL.

(1) Obra y serie citadas; doc. CLVIII, pág. 195.